

romántico es el grupo, despreciado y temido a la vez, *portador de la invención de Europa* como patria común y, también, como promesa *in nuce* de una humanidad reunificada". "El sueño de Europa es el de una *Europa de los pueblos*" unidos, no por pactos o alianzas, sino por un elemento espiritual común: la religión. Por tanto, los románticos tratarán de poner las bases para la creación de una nueva religión que sustituya al ya inoperante cristianismo, capaz de unir a los pueblos de Europa en un entusiasmo común. La teología que postulan los románticos no es un discurso acerca de Dios, sino que pretende ser el discurso de Dios. Este discurso es identificado con la Historia, de modo que el mundo se convierte en el único Reino de Dios, y la promesa de salvación en la esperanza cierta de que, en el futuro, los hombres podrán vivir en armonía entre ellos y con la naturaleza. "Decir, en suma, que la Teología se ha hecho Historia equivale a sostener que el Reino de Dios se realiza en y como Política: que Dios no existe sino como Espíritu de las diversas sociedades humanas, y como gula hacia la conjunción escatológica de éstas, dentro de diferencias irrenunciables" (¿no serán esas "diferencias irrenunciables" el genio de cada Pueblo?). Partiendo de estas consideraciones podemos entender por qué Duque afirma que "el romanticismo es la flor más bella, quizá por estéril, del cristianismo". También entendemos el subtítulo del libro: "Estudios sobre la apoteosis romántica de la historia".

De los dos ensayos restantes, el que ocupa el tercer lugar, "Nietzsche y la arqueología romántica de la historia" y el último de todos, "Las escatologías de Heidegger y Celan", tratan de mostrar cómo, a pesar de no ser siempre reconocido, encontramos elementos del romanticismo, a veces de mucha importancia, tanto en Nietzsche, como en los autores, filosóficos o poéticos, del siglo XX.

A pesar de ser discutibles, como es natural, algunos de los argumentos esgrimidos por el autor, Félix Duque presenta en estos ensayos un estudio filosófico profundo de las ideas que alumbraron los románticos, fijando además su atención en sus orígenes y, sobre todo, en las repercusiones que aquellas siguen teniendo hoy día en todos los ámbitos: filosófico, artístico, político, etc.

José VIDAL CALATAYUD

PORTER, M.: *Foucault, el marxismo y la historia (modo de producción versus modo de información)*; Traducción de Ramón Alcalde, Editorial Paidós, Buenos Aires 1987.

Concebido aún en vida de M. Foucault, este ameno y diáfano trabajo del profesor M. Porter responde a un doble propósito, —tanto interpretativo como incitador—, que, tomando como referencia las últimas producciones del filósofo francés, busca replantear la factura de los instrumentos conceptuales que permitieran oxigenar, con miras a la inmediata actualidad, un pensamiento de orientación *crítica* cuyos proble-

mas de supervivencia son puestos desde un inicio por el autor en el tapete analítico. Desfila para ello por sus paginas una nutrida representación de las más conspicuas posturas teóricas que, desde Sartre hasta nuestros días y sin la imposible elusión del marxismo como gran telón de fondo, han estado de un modo u otro vinculadas a la amplia gama de tendencias que han conformado la teoría crítica contemporánea anterior y posterior al —por tantas cosas— señalado año '68. Una fecha, —se ha argumentado a menudo en favor y en contra— en la que el marxismo activista, si no doctrinal, pero también (y lo que es sin duda más importante) sobre el plano de su fuerte tectónica teórica, fue tocado de muerte a dos décadas vista de la sonora caída del Muro de Berlín.

Poster parte precisamente de la premisa que afirma que, bajo el manto de dudas que la anomalía de los sucesos del '68 arrojó sobre la llama revolucionaria inherente a la episteme marxista, quedaba cuestionada también toda una forma de construir una filosofía de la reflexión, largamente marcada por la totalización tanto del espacio histórico-social que constituye su tema característico, como del horizonte de pensamiento que se erige en tanto capacitado de aprehenderlo y evaluarlo. Pues, como se desprende de la argumentación general de Poster, ya no es únicamente que una determinada corriente de la reflexión haya sabido o no afrontar los múltiples interrogantes que en lo referido a su congruencia interna, justeza explicativa o valores de verdad haya podido recibir desde posiciones afines o foráneas; antes bien, se trata de serias objeciones que afectan a las limitaciones y al status legitimador arrojados para sí por la índole de la práctica teórica misma.

Es fácil adivinar que es en este punto donde hacen su aparición los textos de Foucault, por razón de ser quizá el pensador que, por un lado, ha llevado más lejos una meditación acerca del grado de espesor material que corresponde a los discursos y, por el otro, ha subrayado en profundidad y recalcado en abundancia su carácter necesariamente fragmentario (habida cuenta de que un fragmento, pensando con Deleuze, es el punto de vista de la expresión en general, y que en cuanto tal rebasa y es superior a cualquier conjunto, totalidad o sistema que pretendiera dar cuenta de él como parcela suya, no pudiendo por consiguiente identificarse con insuficiencia alguna del conocimiento). Los sinuosos derroteros de la investigaciones foucaultianas, al modo de ver de Poster, por cuanto caminan apoyadas en el aparato teórico desarrollado en torno a la noción de las *tecnologías de poder* (a mi juicio retratado aquí en sus todavía más tortuosos problemas de legibilidad de la manera menos pagada de acertijos o raro humor iconoclasta), habrían convertido en irremisibles las dificultades que venía arrastrando el núcleo tradicional de la teoría crítica, si bien su aportación fundamental reside justamente en la sintonía que muestra dicho arsenal de avances y retrocesos teóricos a la hora de tomar el pulso a las formas complejas de codificación lingüística que, según parece, cada día en mayor medida y en campos cada vez más diversificados, cifran lo más propio de la experiencia contemporánea.

Así pues, el denominado “modo de información” designa el hecho considerado como capital en nuestro tiempo presente: la producción social de la vida mediante las variantes de la organización del trabajo que conoció el pasado siglo ha dejado paso a una proyección de la objetividad gradualmente distinta, que tiene como punto arquimédico la producción de formas eminentemente lingüísticas y altamente sofisticadas de acción y comunicación sociales, inabordables desde las coordenadas de la reflexión clásica.

No obstante, y sin tampoco ser un mero complemento sociológico o contextual, esta remisión de Poster a las notorias transformaciones sociales que ha deparado el transcurso de la historia reciente no reviste en su estudio ningún componente dialéctico, aunque pudiera objetarse que ciertamente ambos modos de constitución del espacio social reclaman a la postre el mismo *estrato* de inteligibilidad con respecto a los diferentes fenómenos indicados. Desde esta perspectiva, la elección de la tutela de Foucault al objeto de explorar las formas emergentes de todo tipo de discursos no está exenta de acierto. Porque, en efecto, Foucault ha maximalizado como ninguno de sus predecesores la idea de una penetración de la racionalidad (entre lo más recóndito de cuerpos y objetos: micro-tecnologías) emanada del carácter *fundante* de las relaciones sociales, por más que los poderes broten y subsistan diseminados, establezcan discontinuidades y sean refractarios al conocimiento histórico completo. El fenómeno del discurso es para él más plástico que la conciencia, al tiempo que más compacto que la infraestructura marxista; la posición real o imaginaria del teórico refluye sobre la determinación de su particular discurso con mayor efecto vinculante del que pudieron soñar las clasificaciones de corte marxista. Tal vez Foucault merece parte de los malentendidos que podamos verter sobre su obra a causa de la escasa claridad de ciertos puntos clave de su pensamiento. De modo semejante a como se dijo en su día de la obra de su homólogo Voltaire —otro grande— que era “un caos de ideas claras”, pudiéramos atribuirle quizá hoy una divisa que rezase “el rigor de las ideas confusas”.

Poster, por su parte, y llegado el ecuador de su provechoso recorrido crítico, se ufana en reforzar, ramificándolo, el pensamiento de Foucault con las contribuciones de otros autores de celebridad menor allá donde cree corregir lagunas o contrasentidos en sus líneas argumentales, lo que suscita uno de los aspectos de más vivo interés del libro. En definitiva, una muy provechosa lectura, que sugiero compaginar con un libro de características similares y que se mueve asimismo dentro de la fértil órbita filosófica anglosajona: se titula “Consideraciones sobre el marxismo occidental”, del profesor Perry Anderson (1976, publicado en Tecnos).